

Impone todas las prohibiciones que acabamos de notar, fulminando terribles anatemas contra los que faltan á ellas; pues todo su designio no consiste sino en que se le considere como un gran pecador, y quiere que todo el mundo se convenza de ello, como él mismo lo está, en lo más íntimo de su alma. Así pues, todos los que quieran aprender á adquirir la virtud de la humildad, que eleva el alma á Dios tanto más cuanto ella más se rebaja, encontrarán en este documento un modelo perfectísimo que imitar.

Pero al mismo tiempo que se esforzaba por rebajarse ante el pueblo de Edesa, Dios le ensalzaba haciéndole aparecer cual un profeta, y hablar con la autoridad de los antiguos patriarcas, cuya fé viva y relevantes virtudes habia grabado en su alma, como hace notar san Gregorio Niseno. Teniendo, pues, presentes á los testigos de sus últimas disposiciones, despues de llamarlos sus padres, sus hermanos y sus hijos, despues de suplicarles en nombre de Jesucristo que distribuyesen entre los pobres lo que hubiesen de invertir en su sepultura, les dá su bendición en estos terminos: «Que el Señor reciba vuestros dones, como recibió el sacrificio de Noé y el de Abraham, nuestro padre en la fé. Que vuestra ciudad sea bendita, y benditos con ella todos sus habitantes; porque Edesa es la ciudad y la madre de los verdaderos sabios, como bendita lo fué de Jesucristo por medio de sus apóstoles.»

En seguida dió su bendición á sus discípulos, tanto en general como en particular, cual hizo Jacob con sus hijos, y estas bendiciones fueron otras tantas profecías.

Dios confirmó al mismo tiempo con un milagro los anatemas que habia fulminado contra los que osasen prescindir de sus disposiciones en sus funerales. Un hombre opulento que se hallaba presente, y habia llevado una rica vestidura para envolver en ella su cuerpo, al oír que queria que se distribuyese á los pobres lo que hubiera de desti-

narse á ellos, dijo para sí: Guardaré este rico hábito, puesto que tengo suficiente dinero para hacer la limosna. Pero en el mismo momento fué poseído del demonio, que le hizo caer en tierra al pié del lecho del Santo, y echando espuma marajos, empezó á dar gritos. El Santo le reprendió su falta, y quiso que la confesase públicamente. Despues oró por él, le impuso sus manos, y lo curó.

Entretanto una señora, llamada Lampriotata, se arrojó á sus pies, y le rogó que á lo ménos le permitiera hacerle una sepultura. Concedióselo, pero á condición de que no fuese de mármol, y le aconsejó que no camicase en sillas gestatorias llevadas por hombres, porque esta costumbre no estaba muy conforme con la piedad. Prometió la jóven hacerlo así, y al darle el Santo su bendición, no sólomente le prometió la gloria del cielo, sino que le anunció que la verdadera fé subsistiria en su familia.

Por último, despues de hacer otras muchas recomendaciones, espiró en la paz del Señor, y se le enterró de la manera que habia ordenado en su testamento. Ocurrió su muerte en el año 378, según la autoridad de san Jerónimo. Los griegos celebran su fiesta el 28 de enero, y los latinos el primero de febrero, sin que por esto se deduzca que murió en ninguno de estos dias: pues Paladio relaciona su última enfermedad con la época de las mieses, con lo cual está conforme el martirologio de Beda, que señala como dia de su deposición, es decir, de su muerte y sepultura, el nueve de julio.

Su memoria fué inmediatamente celebrada por la Iglesia, pues san Gregorio Niseno, que no vivió más allá del siglo sexto, pronunció públicamente su panegírico en un aniversario de su muerte, que se celebraba ya en Capadocia. Para hacer este elegio, se valió del mismo testamento del Santo, lo cual demuestra la autenticidad de este documento, y en su discurso hace constar que en el rostro de

san Efrén se reflejaban la sencillez, la dulzura, la probidad y la majestad de un ángel: de modo que, aún cuando guardase silencio, bastaba verle para excitarse á sentimientos de misericordia y de caridad, y no habia hombre, por desvergonzado que fuese, que, al verle, no se sintiera inclinado á la modestia.

Termina su discurso con este apóstrofe al Santo, cuyas alabanzas celebra: «Éste es, amadísimo Padre é ilustre Doctor de la Iglesia, el justo homenaje de alabanza que os rendimos. No teneis necesidad de él, pues vuestra gloria no depende de nuestro elogios, sino de vuestras virtudes; pero os alabamos para utilidad y consuelo de los que viven. El relato de las grandezas de los hombres célebres es una luz que ilustra á los demás, y un estímulo que los excita á vivir bién. Sin hablar de las diferentes razones que nos mueven á celebrar vuestras grandezas en este día, grandezas que se fundan en la santidad de vuestra vida y de vuestra doctrina, grandezas que han llenado toda la tierra de vuestro nombre, nos vemos obligados á hacerlo por la libertad que ha alcanzado un esclavo invocando vuestro nombre. Por esta razon, aunque seamos indignos de ensalzar vuestros méritos, lo hacemos para manifestar nuestra gratitud al Señor, que por vuestra intercesión nos ha concedido esta gracia. Y aún cuando la debilidad de nuestra palabra rebajé vuestras grandezas, perdonadnos; pues sabemos que, habiendo sido tan humilde durante vuestra vida, rehusais las alabanzas aún despues de la muerte. Como quiera que sea, abrigamos la confianza de no ofenderos, y que, por satisfacer nuestra devoción, no os indignareis con los que se glorian de ser hijos vuestros muy amados: ántes por el contrario, os dignareis aceptar las alabanzas que os tributamos, aunque lo hagamos con lengua balbuciente. Teneis la dicha de estar en el cielo ante el altar de la Trinidad Beatísima, y de afrecer en

unión de los espíritus angélicos el sacrificio de alabanza debido á la majestad infinita de Dios. Os suplicamos, pues, que os acordeis de nosotros, y que nos alcanceis el perdón de los pecados, para que podamos gozar de la gloria eterna de Jesucristo nuestro Señor, á quién sea dada toda gloria y toda alabanza por los siglos de los siglos.»

La libertad del esclavo á que se refiere san Gregorio ocurrió del siguiente modo. Un hombre, llamado también Efrén, cayó en manos de los ismaelitas ó sarracenos, y fué hecho esclavo. Movidó, al cabo de mucho tiempo, del deseo de volver á su patria, imploró el auxilio de san Efrén, y se puso en camino. Pero ignorando la senda que debia seguir, pues por todas parte habia sarracenos, y corria peligro de caer nuevamente en su poder, imploró la intercesión del Santo, dirigiéndole fervorosa plegaria. Esta tuvo pronto efecto, pues el dichoso esclavo pudo evitar todos los peligros de los bárbaros y llegar felizmente á su patria. Este hecho lo atestigua el mismo san Gregorio que conocia muy de cerca al esclavo.

San Efrén tuvo un gran número de discípulos, entre los cuales sobresalieron Amba ó Abba, Abrahám, Simeón, Maras y Zenobio. Asegura Sozomeno que gozaron de gran reputación, y que los sirios se gloriaban de tenerles por maestros. Al bendecir san Efrén á Amba, le llamó hombre admirable en virtud, y le deseó que fuese semejante á Moisés: que se convenciesen todos los que le vieran de que era un verdadero siervo de Dios: que Jesucristo hiciese celebre su memoria en toda la tierra, y que fuese asociado á los ángeles que asisten ante el trono de la Magestad divina.

Dijo á Abraham, que, habiéndole amado mucho, rogaba al Señor que escuchase siempre sus oraciones, y que llenase su alma de los dones de sabiduría y de inteligencia

antes de hablar, para que se verificase en él la palabra del Profeta: *Abre tu boca, y yo la llenaré.*

Dijo á Simeón, que, lo mismo que á Abrahám, deseaba que Dios escuchase sus oraciones, y le hiciese digno de gozar de la bienaventuranza eterna. Añadió que atraería á la Iglesia á los diferentes pueblos que tienen la desgracia de estar sentados en las tinieblas del error, y á los que Dios abriría los ojos del espíritu, para que se instruyesen y salvarsen. Le alaba por haber trabajado en la conversión de muchas mujeres, y por el cuidado con que velaba por los religiosos, y desea que el Señor continúe derramando sus bendiciones sobre su doctrina, y comunicándole el don de sabiduría y de prudencia.

Dijo á Maras que era un hombre sencillo, humilde, recto y dulce: que sus virtudes no son hijas de su carácter natural, sino de su voluntad ayudada de la gracia, y que, confiando en los auxilios divinos había trabajado mucho para conseguirlas. Ruega al Señor que le recompense en la sociedad de los Santos por el bien que le ha hecho consolándole en sus aflicciones.

Llama á Zenobio poderoso defensor de la sana doctrina, y desea que sus palabras sean como un fuego que consuma los errores de los apóstatas de la fé. Pide que se acrecienten sus luces y su celo, y que como David echó á tierra al impío Goliat, pueda él quebrantar el orgullo de los herejes con la celestial sabiduría que Dios le comunicará en sus fervorosas oraciones. « Revístete, añadió, de las armas de los Santos, que son el espíritu de Dios y la doctrina de los Apóstoles. Quo el brazo de Dios te acompañe y te ayude en todas partes; que Dios, que es tan bueno y misericordioso, no te abandone jamas. »

Puede conocerse el mérito de estos discípulos de san Efrén por las bendiciones particulares que les dió en el lecho de la muerte; pues las palabras de este maestro

son un cumplido elogio, que los hace muy respetables.

Los dos discípulos á quienes el mismo Santo maldijo fueron Paullonas y Aroandro. « ¡ Desgraciado de tí, dijo al primero, y desgraciado el vientre que te ha llevado, porque te has unido á los herejes, y asociado á sus crímenes! ¡ Desgraciado de tí, por haberte despojado de la gracia! Has abandonado la columna inquebrantable, y como otro Júdas, has hecho traición á la fé, para seguir los extravíos de tu espíritu. Te has apoyado sobre el báculo roto, en lugar de apoyarte en la virtud, que es Jesucristo, único apoyo de los enfermos. Por esta razón serás herido en tu cuerpo, como lo has sido en tu alma, y el mal con que Dios ha de afligirte, patentizará la grandeza de su poder y la severidad de su justicia. »

« Hombre rebelde y sin freno, dijo á Arouandro, que tu nombre sea borrado del libro de la vida, pues has querido destruir la Iglesia: te has separado de la Mesa santa, en que somos alimentados con el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, para solazarte con la carne de las víctimas inmoladas á los ídolos, y beber el vino de los pecadores. Que el Verbo divino, el Hijo del Padre celestial, contra el cual has osado abrir tu boca y blasfemar, se vengue de tí con todo el rigor de su justicia, y que castigue á los arianos, á los maniqueos y á todos los demás herejes. »

Gennadio habla de un Paulino, obispo y discípulo de san Efrén, que era de una inteligencia muy depejada, y había alcanzado un conocimiento muy profundo de las sagradas Escrituras; sin embargo, reconocía san Efrén, en sus inclinaciones y discursos, que buscaba novedades, y que no moderaba la impetuosidad de su genio, por lo cual había de caer en el error. Así es que con frecuencia le llamaba el nuevo Bardesano, y le decía: « Guardaos, Paulino, de dejaros arrastrar de vuestras ideas y de la hinchazón del orgullo. Aun cuando sepais muy bien lo que es Dios, estad

persuadido, de que no podeis comprenderlo del todo. » Dice también que el Santo le habló poco ántes de morir, y añade que despues de su muerte, se separó Paulino efectivamente de la Iglesia, y escribió contra la fé. Pero sí como aparece del testamento, es este Paulino el mismo Paullonas de que hemos hablado, es de creer que Gennadio se engañase en las circunstancias de esta historia, asignando la desersión del mal discípulo despues de la muerte del Santo: pues cuando éste lo maldijo, habia caido ya en el error.

DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN EFRÉN

Toda la antigüedad admira las obras de san Efrén, como admira la santidad de su vida, y pocos escritores ha habido cuyas obras hayan sido acogidas con tanto aplauso. Todos los historiadores que han hablado de ellas lo hacen con grán encomio, y notan en particular que, en las traducciones que se han hecho á diferentes lenguas, han perdido poco de su belleza, la cual se halla más en los pensamientos que en las expresiones. Asegura san Jerónimo que, al leer una de estas obras traducidas, reconoció la vivacidad de esta inteligencia tan sublime, y que era tenida esta obra en tanta veneración, que se leía públicamente en algunas iglesias despues de la santa Escritura. San Basilio, dice Sozomeno, á quién se reconocia como uno de los Padres más elocuentes, admiraba la profundidad de sus escritos, y no cesaba de alabar á su autor. El mismo Sozomeno se espresa de este modo: « No habiendo sido educado Efrén por los maestros de las letras humanas, hizo, no obstante, tantos progresos en su lengua nativa, á sea la siriaca, que en sus escritos se encuentran los más elevados conceptos filosóficos, y aún puede decirse que superó á los más eminentes escritores griegos, tanto por la facilidad y nobleza

de expresión, como por la abundancia y solidez de los pensamientos. Se nota también que, cuando las obras griegas se quieren traducir á la lengua siriaca ó á cualquiera otra, pierden mucho de su belleza; pero con las de Efrén sucede todo lo contrario: pues lo que de ellas se ha traducido conserva toda la propiedad y elegancia del original, de modo que el griego no le admira ménos en su lengua, que el sirio en la suya. »

Focio emite el mismo juicio, y dice que los sirios le atribuyen más de mil obras. Sozomeno le atribuye también tres millones de versos, además de sus escritos en prosa. Desde luego parece extraño, que, aplicado de una parte á los ejercicios de la vida religiosa y á la oración que constituia todas sus delicias, y ocupado por otra en el ministerio de la predicación, así como en satisfacer las consultas de muchas personas, haya podido escribir tanto número de obras. Pero ya hemos hecho notar que Dios le habia comunicado sus dones por una infusión sobrenatural, y le habia concedido también el de la palabra para expresar dignamente lo que le inspiraba el Espíritu Santo. No sorprenda, pues, que, estando lleno en esta divina fuente, haya difundido con tanta abundancia sus saludables aguas.

No es nuestro designio entrar en el análisis de todas las obras que se conservan, pues iríamos más allá de los límites que nos hemos trazado en nuestro plan. Bastará que demos un extracto de ellas, sacándolo de la traducción francesa publicada en Roma á mediados del siglo dieciocho, para exponer, en cierto modo, la doctrina espiritual de este gran Santo.

Hemos dicho en su Vida, que de todas partes venian muchas personas para recibir sus consejos, como de un excelente maestro de la virtud, y sobre todo de la vida religiosa. Habiendo venido de pais muy lejano unos religiosos, compuso el tratado de las virtudes, y de los vicios que á